

NADIE PARECIA

DIRIGEN:
PBRO. ANGEL GAZTELU
JOSE LEZAMA LIMA

*Cuaderno
de lo
Bello con Dios*

No. II. OCTUBRE 1942
L A H A B A N A



*El, huyendo, sobre mí
amortecido cayó,
un tropezón deshaciendo
al dar otro tropezón;
y cebando en mí las garras,
me llevara a otra región,
a no decir yo en el aire...*

CALDERON DE LA BARCA

Censuras Fabulosas

DE prisa, el agua se reabsorbe nerviosamente en el corpúsculo; lenta es como el chapaleo invisible del plomo. Las grietas, las secas protuberancias son llamadas a nivel por el paso ballenato del agua. Tapa Tártaros, Báratros y Profundos, y no se aduerme en su extensión por el zumbido. ¿Quién oye? ¿Quién persigue? La misma roca, anterior congeladura—va cociendo en el recto y decisivo corpúsculo veloz enviado por la luz, los nuevos cuerpos de la danza. El recipiente cruje morosamente, y el tiburón—, ancha plata lenta en el ancho plomo acelerado—, va asomando su sonrisa, su frenesí despacioso y cabal. Una brizna de cobre veteado queda sobre su cola, un delfín reidor se balancea en la aleta dorsal. La lenta columna de impulsado plomo horizontal ha cumplido su dictado de obturar las deformidades y las noblezas, la mansa plata y el hierro corrugado. El humo de la evaporación secretada han manoteado en la cacerola rocosa, que así aflige a la piedra un toque muy breve del hilo que se ha desprendido de la Energía. El tiburón que ha podido respirar en la columna del plomo, igualando el chorro respirado con el color de su piel, en todos los años posteriores se ha mantenido en el agua con el júbilo musculoso de la estrella frente a la ventana. Guiaba la brisa: testimonio de cada poro utilizado por el ópalo, el escorpión y la abubilla. El cuerpo del tiburón forzaba el coro de rocas que rodeaban su cuello, mientras la luz como un soplete oxidrónico pintaba animales y flores en su cara respetable. Aplicándose después a lo más interior de las rocas provocaba la dinastía y el destino de las raíces que se van desenvolviendo en galerías por donde había circulado el perverso flujo del líquido lunar. La roca es el Padre, la luz es el Hijo. La brisa es el Espíritu Santo.

LOS DIRECTORES

El Pájaro Amigo

PAJARO ¿desde qué centro
de que más hondo universo
me cantas mientras yo duermo?

*(Me cantas cuando me dejo,
me cantas cuando me entrego,
me cantas cuando me cierro.)*

*Tú cantas con la luz dentro
en la mitad de lo negro,
noche fiel con verde viento.*

*Vas de horizonte en misterio,
la fuente viva está enmedio
y el jazmín cuelga del cielo.*

*¿Cómo, por dónde tu pecho
se corresponde secreto
con el pecho de mi sueño?*

*No es posible oír más bello
eco del sueño del beso,
resuenas como en mi seno.*

*Y te rodea mi eco
como al lirio el aire inmenso,
tú cantas en ese vuelo.*

*Vuelo, son, sur, canto interno,
y entre dos vidas me alejo,
noche fiel con viento eterno.*

JUAN RAMON JIMENEZ

El Canto

I

NACE en la transparencia de la nieve
la voz organizada que enagena:
el agua sabe el secreto que la embebe
y la noche más fina de su pena.

El aire que el cristal sutil conmueve
y se queda temblando cuando suena,
sabe la luz de la delicia breve
que destila dorada la colmena.

El agua varia hiriéndose entre flores
su pasión cantará y su garganta
estímulo será a los ruiseñores

a más subido ardor, mientras levanta
la aurora sus palabios de esplendores
de esa nieve, que suelta en halos, canta.

II

Vuelve la voz, y asciende su alto canto
sellando de elegancia la floresta.
Un ímpetu de flores, sin espanto
embiste el aire de armoniosa fiesta.

La voz así en su transparencia enhiesta
va hechizando las cimas del encanto
y en nieve y llama, su secreto presta
aquella en júbilo, más ésta en llanto.

La voz doblando hechizos y espirales
asciende por los árboles en fuente
de errabundos rumores, de cristales

chocando, hiriendo en la espina ardiente
de esa flor, que levanta los raudales
del pecho a la garganta y a la frente.

ANGEL GAZTELU

Agosto, 1942.

Escaleras

AUNQUE no lo esperaba, hoy ha sido un día normal. Es complejo: son tranquilos pero envidiosos estos días. Quieren ser extraordinarios y envidian a aquéllos que sin esfuerzo—congénitamente—lo son. Pero no debemos propiciarle el golpe de muerte a este día normal, reflexionando sobre él, ya que su normalidad me ha permitido salir con deseos de todo, mejor, tranquilamente de cualquier cosa, convencido de que todo sería bien recibido: lo trivial, por su trivialidad y como tal, y lo laberíntico, como jeroglífico histórico.

Los volúmenes de la Biblioteca me parecieron que estaban todos justificados. En días anteriores había sido injusto. La página treinta y seis de la revista *El frenesí sencillo*, que yo había arrancado, sólo cumplía su destino, proseguir a la treinta y cinco. Cuando, para cerciorarme de mi injusticia, la tomé nuevamente, odié el acto imbécil que había cometido cuando la arranqué. ¿Rabia de qué?—se me antojó.

Los dos estudiantes que cuchicheaban chismes o lecciones sentados en un banquito, que me imaginé siempre que me miraba implorante rogándome que lo desocupara de tan terribles huéspedes, puedo jurar que me pareció dormido. Y aun más. Soñando con los caballos que se dividen en dos por el vientre, que con rapidez nos dejan ver la bola mágica que llevan oculta, que se vuelven a unir y entonces se ríen. Y no pensé que el banco se hubiera vuelto cínico. Reflexioné con transparencia: era el banco más inteligente que se pudiera crear. Tenía ocupantes y ya esto era suficiente para un banco, que por demás sería sordo.

La niña que, sentada en el quicio de su puerta, estaba siempre llorosa por su pierna perdida y por cuya muerte tantas veces rogué, profetizando su eterna melancolía, su posible suicidio o mi sensibilidad invariablemente alterada en su presencia, se me figuró como la antítesis de estas conjeturas: no estaba llorosa y si no se le veían claras las pupilas de sus ojos era simplemente porque tenía una nube en las mismas y a ella no le importaba. Aseguré que estaba pensando en que sustituiría su pierna perdida por una magnífica, de cera y entonces ¿por qué se iba a suicidar? y el acostumbrado crispamiento que me provocaba mi sensibilidad, que no sé si existe, no tendría por qué ser.

Esta mediocre claridad me fué infundiendo una fortaleza extraña. Ese miedo a traicionarnos y decir lo que tememos, que me aterraba desde que lo había confirmado, se había disipado. Si nada temo, no puedo hablar de mi temor y si hablo de él, como no existe, sólo será una burla dirigida a mi interlocutor. Y además ya no tendría más interlocutores verdaderos: siempre hablaría en ese tono que nos concede el dominio, tono mayestático y anticonfidencial.

¡Qué anchas las aceras, y yo, ni pequeño ni grande: igual que todos!—así concretaba mi antiguo caos.

¿Ya he dicho que aun era fuerte? Creo que no. Pues sí, aun no necesitaba de nadie.

Hacía seis días que no podía dormir en mi propio apartamento. No podía subir la escalera. Esta y la soledad que afable pero des-

garradora me esperaba en sus finales, a pesar de que eran lo que más me asía, habían llegado a ser para mí prohibidas casi por receta facultativa. (Es esa receta que firma el que teme al llanto como a Satán.)

Fuerte y mediocre olvidaría el abismo que presentí siempre bajo sus peldaños. Esa extraña angustia que invariablemente me proporcionó era incompatible con mi estado actual. Su frialdad no me podría despertar esa avidez que transmitía a mis manos ansiosas de apretar su talle, mi boca no podría reclamar sus ojos y mi mirada no podría sentir el vértigo del arco iris girando.

Creando que ya era otro decidí retornar. Era fuerte y opuesto a todas estas sensiblerías. Ahora más daño me podría ocasionar seguir viviendo como inoportuno en otro lugar que no fuese mi habitación.

Atravesé la pasarela que conducía a la escalera. Cuando pasaba, iluso, la convertía en una guardarraya, tratando de olvidar el acordeón diagonal que me esperaba, alardeando de poder abrirse y abismarme en su fondo. Aclararé que ella me había proporcionado ciertas delicias: la subida a saltos por la que sabía que había satisfecho una inquietud; la cabeza del monstruo que más de una vez vi asomada por la ventana que daba al descanso;

y otras cosas que he tratado de olvidar porque alguien intervino en ellas.

La oscuridad de siempre, esencia de mis desequilibrios pasados, no me dejaba ver, pero presentí que me esperaban. Mis manos fueron las que me lo indicaron. Su trágica avidez estaba presente. Pero, como era un día normal, había otras ávidas a las que asirse. Así, en esta plena comprensión subimos, inconscientes.

No me habló de su abandono, ni de nosotros, sino de un muerto. En la escalera, precisamente. De que aún no habían llegado las autoridades y por eso lo tenían bajo ella. De su temor por mi llegada y por mi complicación en el crimen. (De ahí he deducido que no quería deshacerse de mí.) Y no sé cuántas cosas más. No podía oír y sí oía, no podía centrar mi pensamiento. Ni tan siquiera en mi próxima y necesaria bajada. Ni en la escalera. Todo me parecía insignificante.

Estuve después no muy bien. Pero no tuvo relación con el crimen mi enfermedad.

Ya más estabilizado, lo que más me asombra es mi no complicación en ese folletinesco espectáculo. No creo que se comprendiese tan fácilmente que no podía estar interesado. He pensado que ellos lo sabían. Que el paraíso no se abandona por una manzana.

ELOISA LEZAMA LIMA

Oración

ROBAME igual que todo me robaste
las potencias del alma y los sentidos,
acállame la sangre y sus gemidos,
hazme todo silencio y no te baste.

Mira, Señor, que el bien que me llevaste,
presa de desamor, rueca de olvidos,
consigo se llevó, tras sí prendidos,
sentidos y potencias que dejaste.

¿O es que quieres, Señor, las principales
potencias y sentidos corporales
sean saber mi mal, sentir su brío,

mi piel sin tacto y el oído vano,
el corazón manando el llanto mío
y llevar a la muerte de la mano?

(A. N. B.)

LEJOS de ti mi brazo es un ocaso
de oro dulce en el cálido paisaje;
un verde ramo ardiendo en el bosque
donde vaga mi pie torciendo el paso.

Tiéndeles ya tu pecho a su traspaso
de sol y de verdura; sean el traje
con que su ser se vista y no se ultraje
de tanto ardor y olvido tan escaso.

Si mi brazo te llega en la verdura
de una hoja rozando tu vestido
o de un sol desangrando por la tarde,

no me dejes vagar por la espesura
engañoso del bosque de tu olvido;
coge mi ramo, verde es, amor lo arde.

BERNARDO CLARIANA

Espiga Alta de Siempre

EN el medio de tres causas superiores, y otras tres inferiores debe colocarse el embuste de los hombres. Dios que todo lo puede, y sabe. El Angel que sabe, y puede mucho: y el Demonio que aunque puede, y sabe algo, quiere persuadir que sabe, y puede mucho más, son las tres causas que en la realidad están superiores a lo que puede alcanzar la Ciencia, y el Embuste humano. El hombre sabio, que por muy sabio que sea, sabe, y puede poco. El espíritu melancólico, que, a causa de una imaginación viciada, puede, y sabe menos, pero imagina que puede, y sabe mucho. Y el Idiota sencillo, que ni puede, ni sabe cosa alguna, y sólo libra en su infinita credulidad, conseguir poder y saberlo todo, son las tres causas que en la realidad están inferiores a lo que puede el artificio humano, y en la aprehensión pretenden competir con las superiores.

No hay error alguno, así en creer prodigios de presente, como en haber dado asenso a verdades de futuro, que no haya dimanado de la falta de reflexión a los justos límites, que tienen, y deben tener las siete causas señaladas. En la confusión de estos siete agentes está la fuente de los Errores comunes. ¿Cuántas profecías se habrán atribuído a lumbre superiores, que ni han sido de Dios, ni del Diablo, sino de la falaz política de los hombres? ¿Cuántos prodigios se habrán atribuído al Demonio, los cuales evidentemente pedían, y tenían causa sobrenatural? Consta del Evangelio, que, a trueque de abatir los Fariseos los prodigios que Cristo obraba, recurrieron a aquel despropósito blasfemo. ¿Cuántos hombres Doctos han padecido la infame nota de Magos, sólo porque se levantaban sobre el capto de los vulgares, en tiempos en que la Barbarie tenía libre curso?

Finalmente, siempre que para la combinación de aquellos siete agentes no intervenga una exacta Crítica, y una juiciosa prudencia, se cometerán errores intolerables. O atribuyendo a causas inferiores, efectos que pueden superiores agentes; o a causas superiores los que tienen causas inferiores visibles. Aun hay más. También se cometerá error, o creyendo que algún efecto provocado de causa inferior, para el cual no tiene poder, no se debe creer intervenga voluntad de la que puede, o creyendo que, porque una causa inferior puede, concurrirá el beneplácito del que la puede refrenar. Generalmente hablando pecan los Vulgares creyendo que frecuentemente intervienen causas superiores, porque no alcanzan las que pueden las subalternas. Al contrario, los Sabios aparentes, por imaginar que éstas pueden mucho, creen, si proceden sin malicia, que son capaces de hacer prodigios, y pronostican lo futuro; o si proceden con embuste logran que lo crean los Vulgares.

(Fray Martín Sarmiento, *Demostración crítico apologética*, 1723.)



Dibujo, de Bernard Redder.